

Núm. Cl.
Núm. A.
Núm. A.
Proced.
Precio
Fecha
Clasific.
Catalogó



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

GUTIÉRREZ NÁJERA

He creído que esta hermosa carta que casi nadie conoce, servirá de pórtico mejor que todo lo que pudiera escribirse, al tomo último de las obras del Duque Job; es del maestro Altamirano. Leedla; es muy bella:

París, Diciembre 24 de 1891.—Muy querido Manuel:—Esta carta lleva el objeto de presentar á Ud. y á su amable Señora (c. p. b.) los votos de mi familia y los míos por la felicidad de Udes. en el año que va á empezar.

Deseamos para Udes. todo género de prosperidades íntimas, ya que el talento y la reputación de Ud., siempre en ascenso, le han asegurado un puesto envidiable en la cumbre de la literatura patria.

No he escrito á Ud. con más frecuencia; pero pienso en Ud. siempre, y lo leo con fruición y con orgullo. Con fruición porque, en francés, estaría Ud. al lado de los escritores más ingeniosos de aquí. Es Ud. un parisiense que ha conquistado su derecho de ciudad con la punta de su estilo. Y con orgullo, porque no puedo menos de sentirlo, al ver á un mexicano, á un joven que he conocido pequeñito, al lado del querido viejo, hoy ausente, hacerse verdaderamente notable, y eso no mediante las tradiciones de la escuela literaria española, sino

trasplantando á los campos vírgenes de México las flores de la literatura clásica, las violetas perfumadas de Atenas, y eso con una originalidad que hace de Ud. un floricultor modelo, como los que hay en La Haya y en Harlem.

Siga Ud. ese sistema. Es el bueno, en mi concepto. Puede ser que con él no vaya Ud. á la Academia española, que es una colina artificial; pero de seguro irá Ud. á la gloria, que es la montaña. Y vale la pena.

Hay sirenas que lo tentarán á Ud. á su paso, hoy que atraviesa Ud. en su nave enguirnaldada y con la bandera de la fama al tope. Tápese Ud. con la cera del desdén, los oídos, como los marinos de Ulises.

.....

Adiós, Manuel, sea Ud. feliz y piense en su maestro que lo quiere y admira.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

*
* *

Muy recién llegado á la capital, me presentaron á Gutiérrez Nájera, á quien intensamente deseaba conocer. Nada me dijo su figura inexpresiva y tosca; sus ojos minervinos, un poco saltones, nada me dijeron, y sólo el prestigio que de su personalidad literaria emanaba, y que era ya tan firme y poderoso, pudo hacer que una desilusión inmediata no substituyera al culto ingenuo y apasionado que mi alma le tenía.

Frecuentemente le ví después, durante los siete meses que mediaron entre mi llegada y su viaje—su definitivo y eterno viaje,—ya en la redacción de *El Universal*, donde por aquel entonces—1894—se reunían á diario él, Díaz Duffó, Búlnes, el Dr. Flores y Rabasa, ó bien alrededor de aquella simpática y hospitalaria mesa de *El Partido Liberal*, adonde Jesús Valenzuela, Urbina y Castellón iban á derramar el tesoro inago-

table de sus chistes, y donde Gutiérrez Nájera tartamudeaba los suyos con una gracia peculiar, entre artículo y artículo. *In illo tempore* yo era un muchacho hosco, tímido y silencioso. Poco avezado á ese encantador juglarismo de la frase, en el que tan hábiles eran Valenzuela, el *Duque*, *Monaguillo* y el autor de los *Poemas crueles*, y temeroso siempre de una *gaffe*, limitábame á oír y á admirar. Creo que en esos siete meses de que hablo, no más de tres veces crucé mi palabra con el *Duque Job*: La primera, en un té literario—entonces estaban muy en boga,—en casa de los Michel, para decirle con voz entrecortada cuánto le admiraba y le quería; la segunda, en la Alameda, donde le encontré muy de mañanita, y con su bondad, aquella inagotable bondad de niño que le acorazó siempre el alma, me regaló un cumplido acerca de unos versos míos; la tercera, después de una sesión de la *Prensa Asociada* que pretendía él resucitar, en una noche de plenilunio, llena de plata, en que le acompañé á su casa, conversando (él conversaba) no se de qué libro recién llegado.

A poco cayó enfermo, y murió. El día de su muerte no me separé de él—que para siempre se había separado de nosotros,—y recuerdo que ya avanzada la tarde, su madre se acercó, en un momento en que yo me encontraba solo con el amado muerto, para decirme: «córtele Ud. unos cabellos que quiero guardar.» Así lo hice, y yo mismo até con sumo cuidado el leve haz en que brillaba ya la escarcha.

Un año después, fuí á decirle algo á su tumba, á aquel solitario rincón del Panteón Francés. Habíanse organizado guardias frente al sepulcro. Tocábame hacer la mía por la tarde, y cuando llegué, sólo había ahí un amigo piadoso. Como nadie venía después (empezaban ya á olvidarle: *les morts vont vite*), ahí permanecimos hasta que se encendieron todas las estrellas.

No presentía yo entonces, seguramente, que, andando el tiempo, habría de organizar y prologar el tercer tomo de su obra completa y segundo de sus prosas inmortales. Antes que yo, D. Justo Sierra en un prefacio lleno de luz y de fuerza, como

todo lo suyo, y Luis Urbina en un prólogo lleno de ternura y de suavidades fraternales, habían presentado al público el tomo de versos y el primero de prosa de Gutiérrez Nájera; y ante ellos que conocieron tanto y tanto amaron á aquél cuyo espíritu ha ido quizá, según la frase del poeta francés, á aumentar el fulgor de no se qué estrella lejana, yo no estaba acaso en condiciones de decir otra cosa, que lo que el maestro Luis de León dijo en la primera página de las obras de la inmortal carmelita: «No conocí á la venerable madre Teresa; pero hánme dicho . . . , etc.»

Empero mi distinguido amigo D. Manuel Mercado, el compañero inseparable y bueno de Gutiérrez Nájera, pidióme estas líneas, y procurando olvidar á quienes me habían precedido en la presentación de la obra prestigiosa, para sólo pensar en mi viejo culto por uno de nuestros admirables, púseme á escribirlas. Que el *Duque* me perdone. ¡Era tan bueno!

* * *

Preciso ha sido, para organizar—tan defectuosamente como lo he hecho—estos materiales, vivir algunos meses en comunión perpetua con la inolvidable sombra, y puede decirse que hasta hoy la he conocido por completo. Conocía yo casi toda la obra de Gutiérrez Nájera; desde el rincón de mi provincia devoraba sus artículos á medida que aparecían en los diarios. Mas era tal el deslumbramiento que muchos de ellos me producían, que en vano hubiera tratado de analizarlos. Sus prosas y sus versos pasaban por mi cielo como íris que vuelan; batía el ave del Paraíso su plumaje de gemas, y yo permanecía ante la visión maravillosa como aquellos infantes de los antiguos cuentos, ante la fuente de oro, el pájaro que habla y el árbol que canta. Fuerza era aprisionar al ave del Paraíso para alisar suavemente su plumaje, y ver si el encanto se quedaba entre mis dedos en la forma de un poquito de oro en polvo. Fuerza era abrir el arcón de las piedras preciosas, vol-

ver entre mis manos sus facetas, hacer que la luz se deshiciera en ellas en laberinto de chispas, para convencerme de que entre los diamantes de Golconda no había la ignominia de un guijarro de California. Y así lo hice. Y el ave del Paraíso voló de entre mis manos con la incólume policromía de su plumaje, y las piedras del joyero siguieron siendo dignas, ante mis ojos, de temblar como bandada de luciérnagas presas sobre el pecho blanco de las emperatrices.

Como en esos mosaicos bizantinos que embelesan aún nuestros ojos, bajo las bóvedas orientales de San Marcos, el oro y los colores habían ganado con el tiempo. La obra pacientemente leída en mi tranquilo estudio, no sólo resistía esa suprema prueba del conjunto, del engarce en el libro, que es piedra de toque para toda labor fragmentaria, sino que ganaba en precio y en hermosura. No, decía uno: por qué darle á lo efímero del periódico la eternidad del libro? decía uno, sí: Por qué fatal destino ese cerebro inmenso fué desparramando lo mejor de su esencia en el periódico? Por qué no fué rico, para escribir muchos libros? Por qué la vida le llevó así, de prisa, siempre de prisa por todas las colmenas, sin dejarle acendrar en cada una de ellas más que un poquito de miel?

¡Cuántas crónicas pasadas; cuántos gracejos que bordaban la nota informativa del día; cuántas reseñas adorables de espectáculos de que ya muy pocos se acuerdan; cuántas figuras y figurones sociales y políticos, que hoy han desaparecido; cuántas niñas hermosas que hoy ya son madres de muchos hijos, y van por esas calles de Dios obesas y jadeantes, desfilaron por mi estudio en las numerosas horas de lectura! Y cómo viví esa época, tan cercana y tan olvidada ya, en que Mauricio Grau y la Moriones; Samson, que aun tenía cabellos, y Sieni, que aun no perdía los suyos; Bablot, que aun iba prodigando sus células, y Búlnes, que ya las había prodigado; Sarah, que todavía tenía voz de oro, y la Patti, que todavía cantaba, se barajaban en el laberinto de actualidades metropolitanas!

Libros que ya se agotaron y que aun no se reeditan, novelistas que ya pasaron de moda, poetas que fueron, amores que se

apagaron, asuntos políticos palpitantes que ya no palpitan
 Todo, todo, vestido de una gracia infinita, de una vida intensa, invadió mi espíritu, llenó mi cuarto de aleteos, y dejó en él, por mucho tiempo, un perfume hecho de muchas flores secas, de muchos guantes femeninos, de muchas sedas antiguas, un suave perfume lleno de misterio y de pasado

¿Y el mago, dónde estaba . . . ? Volví instintivamente mis ojos, y no le hallé. . . . Fué de pronto dejando sus cofres abiertos y en desorden: en ellos *pele mele* yacían trajes de *moirées* cansados, joyas de arcaica factura, ramilletes, listones, pañuelos, libros, frascos de perfumes

Todo ello está piadosamente recogido en el arcón de este libro, lector; y cuando el libro leas, te preguntarás lo que yo me he preguntado muchas veces: ¡Por qué artificio maravilloso pudo este hombre escribir tantas cosas! Merced á qué conjuro, fué á la vez sociólogo y poeta, economista y literato, humorista y tierno, riante y triste, clown y pontífice, juglar y orfebre . . . !

¿Y cómo esa vida breve almacenó tanto saber y tanta bondad; tanto saber, á pesar del tiempo que vuela y de la labor múltiple que da la fiebre; tanta bondad, á pesar del insulto perpetuo, de la envidia siempre en acecho, de la pobreza y de la enfermedad y de la brega sin cuartel?

Misterio . . . misterio que se llevó la sombra amada al repliegue del infinito donde mora

Y cuando cierres el libro, lector, subyugado por tanta maravilla, cuando saborees aún con paradisiaco sibaritismo el último artículo, crecerá acaso tu pasmo y con él tu melancolía, si te acuerdas de aquellas frases con que remató el mago una de sus últimas páginas: «Mi mejor artículo . . . ¡ah! ¡mi mejor artículo no lo escribiré jamás!»

AMADO NERVO.

IMPRESIONES DE TEATRO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 AÑO 1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN